SINESIO DELGADO

MI ÚNICO AMOR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL

Representada por primera vez en el TEATRO VICTORIA EUGENIA
de San Sebastián, el día 28 de septiembre de 1920

MADRID
DON RAMÓN DE LA CRUZ, 21
1921

MI ÚNICO AMOR

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado o se celebren en adelante Tratados internacionales de propiedad literaria.

Los representantes de D. Sinesio Delgado y de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

4262

MI ÚNICO AMOR

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

Representada por primera vez en el TEATRO VICTORIA EUGENIA,
de San Sebastián, el día 28 de septiembre de 1920.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
LIBERTAD, 16 DUPLICADO, BAJO
1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Nieves.....	María Gámez.
Amalia.....	Nieves Suárez.
Doña Remedios.....	Juana Manso.
Nemesia.....	Eugenia del Olmo.
Augusto.....	José Calle.
Pablo.....	Pedro Sepúlveda.
Don Fermín...	Francisco Alarcón.
Carlitos.....	Francisco Pierrá.

La acción en Madrid. Época actual.

ACTO PRIMERO

Despacho elegante. Puerta de entrada con cortinajes al foro. Librería a la izquierda. Mirador a la derecha. Mesa en primer término cerca del mirador. Es de día.

ESCENA PRIMERA

(A poco de levantarse el telón aparece AUGUSTO en la puerta del foro. Está vestido y acicalado como todo el que se dispone a dar una conferencia ante el público. Se adelanta saludando al auditorio con una ligera inclinación de cabeza, se acerca lentamente a la mesa de despacho, recoge en ella unas cuartillas y, de pie y adoptando una postura académica, empieza la lectura reposada y solemnemente.)

AUG. Señoras; señores: En el interesante momento actual; cuando hasta los cimientos del edificio social se conmueven; cuando en el mundo corrompido se verifica una rápida y profunda transformación entre arroyos de lágrimas y ríos de sangre, todo puede y debe decirse; todas las ideas, aun las que parezcan más disparatadas y absurdas, pueden desarrollarse y defenderse ante vosotros, que todo lo podéis comprender y no habéis de asustaros de nada.

Por eso he aceptado el honor de inaugurar esta serie de conferencias, en las cuales han de dirigiros la palabra los sociólogos más eminentes, alguno de ellos acaso más atrevido que yo, todos, sin duda, más ilustres, pero ninguno seguramente más sincero. Abordemos con resolución el tema y digámoslo claramente, señoras y señores. El mundo que se derrumba entre convulsiones espantosas con sus ídolos de barro, sus falsas creencias y su historia de injusticias y de crímenes, no merece más que el desprecio de la generación presente y la execración de las venideras. La humanidad que nace prescindirá de las ilusiones necias y de las frases sin sentido y procurará vivir cómodamente, holgadamente, alegremente, satisficiendo sin cortapisas ni trabas todos sus apetitos y pasiones y cuidándose únicamente de acrecentar, con el menor esfuerzo posible, las riquezas individuales y colectivas. La religión, el arte, el honor, la gloria, el amor a la patria, todas esas ridículas invenciones de los pasados siglos, formidables murallas que impidieron el avance del género humano, serán considerados de ahora en adelante como lo que son: como signos de la incultura, del atraso y de la barbarie. ¿Qué beneficios produjeron jamás los que escribieron admirables libros, los que pintaron maravillosos cuadros, los que esculpieron magníficas estatuas? Todo eso ¿con qué se come? Es decir, ¿para qué sirve y en qué se utiliza? Ese culto a distintas banderas, esa adoración a dioses diferentes que fueron causa de tantas hecatombes, ¿son algo más que fantasmas ridículos inventados por los pastores para

esquilar primero y comerse después a las ovejas del rebaño?

(Aparece don Fermín en la puerta del foro y allí se queda escuchando con embeleso.)

Por fin, ese estúpido concepto del honor que transforma a los hombres en fieras; esa cadena de hierro que pesa sobre los débiles hombros de las infelices mujeres convirtiendo para ellas en grave delito la libertad del amor que debe ser sagrada, ¿va a perdurar eternamente para escarnio y vergüenza de los más firmes principios del derecho? No, señores, no; las sombras del pasado se desvanecerán ante los resplandores del incendio; la raza humana no peleará más que por la adquisición de bienes materiales para satisfacer a toda costa todos sus deseos; hombres y mujeres se amarán libremente, y las fortalezas seculares se derrumbarán al misterioso empuje de una palabra mágica: ¡Negocio! La única fuerza positiva, la única ciencia respetable. ¡El negocio grande o pequeño, moral o inmoral, pero siempre y sobre todas las cosas el negocio!

ESCENA II

AUGUSTO.—DON FERMÍN.

D. FER. (Atreviéndose a interrumpir.) ¿Se puede?
AUG. ¿Eh? ¿quién?
D FER. Digo que si se puede saber si esta es una casa de orates.
AUG. ¿Por qué lo dice usté?
D. FER. Porque como se ha escondido usté en el despacho para decir desatinos hablando solo...

AUG. ¿Cómo desatinos? ¡si esta es la conferencia que voy a dar esta noche en el Centro de Instrucción popular! La estaba recitando en voz alta para entonarme y estudiar los tranquillos.

D. FER. ¡Ah! ¿esa es la conferencia para la que hemos recibido invitaciones?

AUG. Sí, señor; esta misma.

D. FER. Pues voy a decir a mi mujer que se desnude.

AUG. ¡Por Dios, don Fermín!

D. FER. Entiéndame usted; quiero decir que se quite el traje de ceremonia, porque yo voy, pero no la llevo.

AUG. Y ¿me va usté a hacer el desaire? Precisamente lo que se quiere en el Centro es que vayan señoras.

D. FER. ¿Usté lleva a la suya?

AUG. Naturalmente.

D. FER. ¡Caray, pues ya es atrevimiento!

AUG. Pero ¿está usté hablando en serio, don Fermín?

D. FER. Por la parte que a mí me toca, no; por la que a usté le atañe, sí; completamente en serio.

AUG. No le entiendo a usté.

D. FER. Pues es muy sencillo. Mi mujer, a Dios gracias, está ya curada de espanto y puede oir sin pestañear todas esas atrocidades del amor en libertad y de la cadena sobre los hombros; pero la de usté no está en el mismo caso, ¡qué caramba! Es bastante más joven que usté; está todavía en la luna de miel, como quien dice, y la va a chocar un poco que sea usté mismo el que la diga, con toda solemnidad y delante de gente, que puede irse con quien la dé la gana.

AUG. ¿Es que ha oído usté algo del discurso?

D. FER. Sí, señor; entré cuando se andaba usté en aquello de que el honor es una tontería, y no me atreví a interrumpirle.

AUG. Pues no vaya usté a creer que lo digo por ganas de hablar. Me repugnan esas escenas de celos, esos castigos a la infiel, que, afortunadamente, ya no se ven más que en los folletines y en los dramas, y creo que el varón y la hembra tienen el mismo derecho a amar libremente a quien se les antoje y durante el tiempo que quieran.

D. FER. ¿Nieves también?

AUG. Naturalmente. Estará unida a mí mientras no se canse. Cuando deje de quererme, ¿voy a ser tan bárbaro que la retenga a mi lado por la fuerza?

D. FER. Pues dispense usté que le diga que pensando así no se casa uno.

AUG. Es que todavía, tal y como está constituída la sociedad y tratándose de mujeres como Nieves, no hay otro remedio.

D. FER. Bueno, bueno; pues allá ustedes. Yo he bajado de parte de mi mujer a preguntarle a usté si le parece que vayamos nosotros delante o salimos de casa juntos.

AUG. ¡No faltaba más! Nos acompañarán ustedes en el coche y seremos muy honrados.

D. FER. Los honrados seremos nosotros, aunque, según usté, eso de la honra es una pamplina.

AUG. ¡Este don Fermín! Pero le advierto que es temprano. Saldremos dentro de media hora.

D. FER. Muy bien. Voy arriba a dar el recado, porque en casa, amigo mío, soy yo el de los hombros débiles y el que lleva encima la cadenita de hierro. Conque hasta dentro de treinta minutos... ¡No!, no se moleste usté, y siga entonándose.

ESCENA III

DICHOS.—NIEVES.

NIEV. ¡Ah, don Fermín! Buenas tardes.
D. FER. Muy buenas, Nieves.
NIEV. No sabía que estaba usté en casa.
D. FER. Pregunté por usté al entrar y me dijo la chica que estaba usté en el tocador.
NIEV. En manos de la peinadora. Y doña Remedios, ¿está ya dispuesta?
D. FER. Tardará todavía un rato. Ahora subía yo a avisarla que puede disponer de media hora. Usté, por lo visto, ya está lista.
NIEV. Me faltan los últimos toques.
AUG. Conozco esos últimos toques, don Fermín. Saldremos con retraso.
D. FER. Procuraré que no sea por nosotros. Hasta luego, matrimonio feliz.
AUG. Hasta luego.
NIEV. Hasta luego. (Vase don Fermín.)
AUG ¿Querías algo?
NIEV. Quería saludarte. No nos hemos visto desde el almuerzo, ¡ya ves!, hace cuatro horas.
AUG. Y se te han hecho un siglo, ¿verdad?
NIEV. No, no; cuatro. Se me han hecho cuatro siglos. A siglo por hora.
AUG. Pero ¡qué requetemonísima eres!
NIEV. ¡Ah!, ¿y te pesa que lo sea? Ya te parezco empalagosa, ¿verdad? ¡Para que se vea lo que son los hombres! De novios no la dejan a una vivir: «Que no me olvides un momento; que no mires a nadie más que a mí; que me des una manita; que me des un dedito...»; luego se casan muy ilusionados, los que al cabo se casan, y antes del primer aniversario de la boda ya están cansados de sus mujercitas.

AUG. No hay otra más salada que tú para inventar novelas.

NIEV. Para inventar novelas y para todo. Eso me decías antes.

AUG. Y lo sigo diciendo ahora. Pero ¿cuándo te he dicho yo lo del dedito y la manita? ¿No comprendes que me hubiera dado un poco de vergüenza?

NIEV. ¡Ah! ¿sí? ¿Conque te hubiera dado vergüenza? ¿Ves cómo tengo razón para sospechar que no me has querido de veras nunca?

AUG. Pero, hija de mi alma, si no te hubiera querido de veras no te hubiera pedido la mano efectivamente, en serio y sin chiquillerías, al mes y medio de conocerte. Pero entonces era ya un hombre hecho y derecho, muy formal y muy grave, metido en toda clase de negocios, personaje importante de un partido político...

NIEV. Y eso ¿qué tiene que ver? Yo también era una mujer hecha y derecha.

AUG. Razón de más para que no anduviéramos con monerías y arrumacos propios de criaturas ¡Poco que se hubieran reído en la Bolsa si se hubiera corrido la voz de que, mientras parecía preocuparme el alza del azúcar, andaba detrás de una mujer encantadora, pidiéndola manitas y deditos y hecho una mermelada!

NIEV. ¡La mermelada, el azúcar, la Bolsa!... Eso es lo que nos va a hacer desgraciados.

AUG. Al contrario, eso es lo que nos hará felices.

NIEV. ¿De verdad? Pues mira, hoy en la mesa no me has dicho una sola vez que me querías, ni me has ofrecido una triste aceituna, y en cambio me has dado una sesión de minas de Riotinto y de Altos Hornos

de Bilbao que por poco se me saltan las lágrimas.

AUG. ¡Hubiera tenido que ver que lloraras por eso!

NIEV. Pues ¿qué? ¿no es un desaire?

AUG. Pero, mujer, ¿vas a creer que no te prefiero a las minas y a los Altos Hornos?

NIEV. Pues claro que lo creo, y sólo por eso, para castigarte, venía a decirte una cosa y ya no te la digo.

AUG. Bueno; ya me la dirás después.

NIEV. No, no y no. Hasta que no me convenza de que para ti los negocios no son lo primero y mi cariño lo segundo.

AUG. ¿Qué tengo que hacer para que creas lo contrario?

NIEV. Abandonar todos tus asuntos para dedicarte a mí nada más.

AUG. ¡Nieves, por Dios! ¿no comprendes que eso es imposible? Mis asuntos, como tú dices, son los que nos proporcionan el bienestar que lleva consigo la riqueza, los que nos permiten querernos sin preocupaciones, y los que nos harán mirar con tranquilidad absoluta el porvenir de nuestros herederos cuando los tengamos.

NIEV. ¡Ah! pero ¿tú crees que un hombre que no se acuerda más que de los ferrocarriles y de las navieras, puede tener herederos?

AUG. Como los demás mortales; sólo que en lugar de ponerles cuatro trapos y echarles a la calle a pedir limosna, puede pasearlos en automóvil y acostarles sobre colchones de plumas.

NIEV. ¡Claro; mientras el padre anda por ahí chalaneando con unos y con otros y probablemente metido en malos pasos, que es lo mismo que no tener padre. ¡Pobres hijos míos de mi alma!

AUG. Mira, lo mejor será que no te precipites y aguardes para compadecerles, siquiera a que vengan; y entretanto hazme el favor de ir a darte los últimos toques. El matrimonio de arriba está para caer y yo tengo que dar otro repaso a la conferencia.

NIEV. Sí, sí; repasa, repasa; yo termino en seguida. ¡Ah! y a todo esto me iba sin decirte a lo que he venido.

AUG. Es verdad que tenías que decirme una cosa.

NIEV. ¿No tienes curiosidad por saberla?

AUG. ¡Como te has de callar hasta convencerte de que te quiero mucho, y por lo visto, va para largo...!

NIEV. ¿Es verdad que no me engañas?

AUG. ¿Qué interés tendría? Estoy enamorado de ti como un loco...

NIEV. ¿Me quieres tanto como el segundo día?

AUG. ¡Tanto como el primero!

NIEV. No, no; el segundo. Me quisiste más el segundo.

AUG. Bueno, pues como el segundo y el tercero, y todas las semanas y todos los meses. ¿Puedo ya saber lo que tenías que decirme?

NIEV. Sí.

AUG. ¿Qué es ello?

NIEV. Que está ahí tu amigo Montañés, que vino a buscarte esta mañana cuando habías salido. Dice que tiene que verte con urgencia.

AUG. ¡Con urgencia y has tardado una hora en decirme que estaba! ¡Pues si no llega a tener prisa! Y ¿por qué no le has hecho pasar inmediatamente?

NIEV. Porque yo no sabía si querías recibirle. ¡Como estabas estudiando la conferencia!

AUG. Y ¿qué le habéis dicho?

NIEV. Que no tenía la seguridad de que estuvieras y que venía a verlo.

AUG. Pues creerá que me estás buscando debajo de los muebles. Anda, mujer, anda, dile que pase, que me queda muy poco tiempo.

NIEV. Voy, voy en seguida. Pero, oye, ¿no me das el beso de siempre?

AUG. Uno y mil... ¡no faltaba más!

NIEV. No, no; aquí no. En la mano, a la antigua española.

AUG. Vaya por la antigua española.

NIEV. Así me gusta. (Vase.)

AUG. Me parece que estoy en el mismo caso que don Fermín, y que aquí soy yo también el que tiene la cadenita.

ESCENA IV

AUGUSTO.—PABLO.

PAB. Hombre... ¡gracias a Dios! Creí que se había usté escondido bajo tierra y no quería recibirme.

AUG. Ni lo uno ni lo otro. Esta mañana acababa de salir cuando usté llegó, y ahora mi mujer ha tenido la culpa. Precisamente esperaba su visita.

PAB. Eso es lo que pensaba, que a usté le interesaba tanto como a mí por lo menos.

AUG. Conque siéntese y dígame.

PAB. Ante todo, ¿tenemos mucho tiempo?

AUG. Muy poco. Tengo conferencia en el Centro y me quedan disponibles quince minutos.

PAB. Basta y sobra. Haga usté el favor de enterarse de esa carta.

AUG. ¿Para qué? Hágame usté un extracto y acabamos más pronto.

PAB. No hay extracto que valga. Es necesario conocerla íntegra. Hágame usté el favor.

AUG. Con su permiso. «Amigo Montañés».

PAB. ¡Cómo! pero ¿empieza diciendo «amigo Montañés»?

AUG. Véalo usté; así empieza.

PAB. Pues no me había fijado. ¡Para mayor burla! Adelante.

AUG. «El ministro no ha podido o no ha querido recibirme, pero el subsecretario me ha dicho...»

PAB. ¡Ya decía yo! ¡Como que no es esa! Dispense usté, me he confundido. La importante es esta otra. Léala usté para sí, porque si la oigo me va a sentar como un tiro.

AUG. (Después de leer.) ¿Eh? ¿Cómo? ¿Qué señora es esta que le dice a usted esto?

PAB. ¿Qué señora ha de ser? La mía.

AUG. ¿Doña Amalia?

PAB. Justamente. Doña Amalia Núñez de Montañés, casada y vecina de esta corte.

AUG. ¡Como no firma!

PAB. Porque la tengo yo advertido que no firme ningún documento sin decírmelo antes. Y ya ve usté si es obediente.

AUG. Pero esto no es un documento.

PAB. ¿Quién se lo ha dicho a usté? Siga, siga.

AUG. ¡Demonio! Esto es grave.

PAB. ¿Sí, verdad? Pues al final es cuando está lo bueno.

AUG. (Dejando de leer.) Efectivamente, esto es una bomba.

PAB. ¿Qué le parece a usté?

AUG. ¿Qué me ha de parecer? ¡Vaya con doña Amalia, con lo que nos ha salido a última hora! ¡Y yo que creí que estaban ustedes a partir un piñón!

PAB. *El uno en la cabeza del otro*, como dijo aquél. Yo también lo creía, y por eso este

chasco, así, de repente, es lo que me ha llegado al alma. Porque ya ve usté el registro que toca la mosquita muerta: Que soy un zoquete, que no la he comprendido, que está harta de oirme hablar de exportaciones y almacenajes y que ella se marcha con su madre para que yo me pueda ir a vivir a un ministerio, puesto que tanto me gusta zascandilear por las oficinas.

AUG. Ella me parece que dice a un monasterio.

PAB. Sí, pero es una errata, porque en los conventos no hay oficinas y sabe de sobra que no he nacido para fraile.

AUG. Pero ¿cómo y por qué ha sido la ruptura? Porque habrá habido alguna razón o pretexto...

PAB. No ha habido ninguno. ¿No le digo a usté que me ha cogido de sorpresa? Anteayer fuí a Cuenca para ese asunto de los pinos que usté conoce, y al volver esta mañana me he encontrado con esta cartita y con la novedad de que mi mujer se había marchado anteanoche llevándose la ropa y las alhajas.

AUG. Pero ¿y los criados?

PAB. A los criados les dijo que tenía que salir precipitadamente para Segovia a cuidar a una prima carnal que estaba con el tifus.

AUG. ¡Vaya con el tifus y la primita! Y usté ¿qué piensa hacer ahora?

PAB. Eso es lo que yo pregunto y por eso he venido para que usté me ilustre, me aconseje y me guíe, porque yo, la verdad, estoy un poco nervioso y puede que haga un disparate. El caso no es para menos, ¡que caramba!

AUG. ¡Bah! No hay que ahogarse en cuatro gotas. Por de pronto contamos con una ventaja evidente.

PAB. ¿Cuál?

AUG. Que doña Amalia se haya ido a casa de su madre. Porque la pudo dar por irse a otra casa cualquiera.

PAB. ¡Hombre, bien! ¡No faltaría más!

AUG. ¿Por qué? A usté debiera darle lo mismo. Ya conoce usté mis ideas en este punto. ¡Nada de trabas ni de lazos ficticios! Si usté se hubiera cansado de ella yo le hubiera aconsejado que pusiera pies en polvorosa sin andarse con miramientos. ¿Es ella la que, por lo visto, se ha cansado y se va? Pues ¿qué se le ha de hacer? Resignación y puente de plata. Al corazón no se le sujeta con bendiciones.

PAB. ¿Qué me cuenta usté del corazón? A mí el corazón me tiene completamente sin cuidado.

AUG. Pues entonces...

PAB. Lo que me duele es el incumplimiento de contrato sin previa denuncia. Porque esas bendiciones que usté dice no son más que un contrato entre dos personas de distinto sexo, amigo Augusto. Yo te mantengo, tú me cuidas; yo te paseo en coche, tú te ocupas de que no me falte una camisa planchada; yo te compro un collar y una pulsera, tú te los pones para darme crédito comercial... y así sucesivamente.

AUG. Hombre... si entiende usté así el matrimonio...

PAB. Como usté y como todos, ¡qué caramba! Y cuando una de las partes rompe la escritura y se va a casa de su madre, la otra parte no sabe qué hacer, que es lo que a mí me pasa.

AUG. Pues es muy sencillo. Afortunadamente, somos hombres de nuestro tiempo, amigo Montañés. Firme usté ese mismo contrato con otra.

PAB. Eso me parece un poco fuerte, porque en la posición que ocupa uno... Y además no es tan fácil.

AUG. ¿Por qué no? Ya sabe usté mi credo. Libertad de pensamiento, libertad de acción, ¡libertad absoluta! Si doña Amalia, en uso de su derecho, ha hecho lo que la ha dado la gana, haga usté lo que se le antoje. Porque si empezamos a darles vueltas a la reputación y a la honra, y a las majaderías de nuestros abuelos, despidámonos de todas las ventajas de la civilización, porque no daremos pie con bola en los negocios.

PAB. Puede que tenga usté razón.

AUG. ¡Y tanta! Ya ve usté. Usté tenía que darme cuenta de un asunto que nos interesa a los dos y lo ha supeditado usté a una cuestión familiar que no tiene importancia. Aquella primera carta que usté me dió, ¿de quién era?

PAB. De Alberto Rodrigo. El subsecretario le ha dicho que no le parece muy claro eso de los carbones menudos, porque, si es verdad que en España no sirven para las locomotoras, no comprende para qué los necesitan en Italia las compañías de ferrocarriles.

AUG. ¡Qué cosas tiene el subsecretario! ¡Señor! Si eso es lo mismo que lo de la patata temprana, que aquí no se consume y a los extranjeros les sabe a gloria.

PAB Eso es precisamente lo que le contestó Rodrigo.

AUG. ¿Y qué dijo el otro?

PAB. Que no le fueran a él con patatas.

AUG. Bueno, pues vamos con el viaje a Cuenca.

PAB. ¡No me lo recuerde usté! ¿De modo que usté opina que no debo ir a buscarla a casa de su madre?

AUG. ¿De la madre de quién?
PAB. ¿De quién ha de ser? De Amalia.
AUG. ¡Ah! pero ¿vuelve usté con el tema? Nada, que no puede usté prescindir de la herencia de sus antepasados, y está usté perdido.
PAB. Es verdad, no lo puedo remediar; pero es que el chasco ha sido gordo.
AUG. No se acuerde usté de él, y vamos a Cuenca.
PAB. Pues en lo de Cuenca hay una pequeña complicación. Verá usté; ahora resulta que la resina...

ESCENA V

DICHOS.—DON FERMÍN.

D. FER. Señor don Augusto... ¡Ah!, perdonen ustedes. Si están ustedes tratando de sus asuntos...
PAB. No importa, puede usté pasar. No son secretos.
AUG. Y aunque lo fueran para los demás no lo serían para usté, que es persona de confianza.
D. FER. Gracias por todo. ¿Cómo va, amigo Montañés?
PAB. Bien; a usté ya le veo tan famoso.
D. FER. Se defiende uno como puede. ¿Y doña Amalia?
PAB. También tan famosa. Es decir, no lo es todavía; pero no tardará en serlo.
D. FER. ¿Qué quiere usté decir?
AUG. No le hable usté de su mujer, don Fermín, que precisamente acaba de hacerle una jugarreta.
D. FER. ¡Cuerno!
PAB. No se alarme usté, que no ha sido nada

grave. Nos hemos separado por incompatibilidad de caracteres.

D. FER. ¡Ah, vamos! De común acuerdo.

PAB. Sí; claro, de común acuerdo. Ella ha acordado marcharse y yo he acordado que no me importe.

D. FER. ¡Bah! una nube de verano.

AUG. Naturalmente; a los tres días los dos están tan contentos y como si no hubiera pasado nada.

D. FER. ¡Y a mi Remedios que no se la ha ocurrido marcharse nunca! ¡Y yo que se lo hubiera agradecido tanto!

AUG. Don Fermín, ¿esas tenemos?

D. FER. No hagan ustedes caso; es una broma. No es que yo crea que estoy en la gloria precisamente; pero digo como la vieja del cuento: «¡Viva el Rey absoluto!», porque probablemente lo que viniera detrás sería peor.

AUG. Y a propósito de doña Remedios, ¿está ya emperejilada?

D. FER. Sí; ha venido conmigo, porque, con permiso del amigo Montañés, se acerca la hora de marcharnos, a no ser que usté prescinda de la conferencia.

AUG. De ningún modo, ¡no faltaba más! Voy a ver si ha venido el coche.

D. FER. No se moleste usté, porque no está. Ha venido, pero se ha marchado.

AUG. ¿Está usté seguro?

D. FER. Y tan seguro. Como que se han ido en él nuestras dos mujeres.

PAB. ¿También se les han escapado?

D. FER. No, señor; todavía no. Me han dado el encargo de avisar a usté que están dispuestas, y mientras yo lo cumplo se han ido a comprar unos dulces. Mi Remedios no puede asistir a ningún espectáculo, sea

el que sea, sin llevarse una caja de bombones y otras chucherías. Dice que si no se entretiene en algo se queda dormida como un tronco y me pone en ridículo.

AUG. De modo que ya sé lo que va a sacar en limpio de mi conferencia doña Remedios. Los bombones que se coma.

D. FER. Y más vale así, para endulzar el veneno del discurso.

AUG. Pero se va haciendo tarde. Esperemos en la antesala para bajar en cuanto lleguen.

D. FER. No es preciso. Ha quedado ella en subir a avisarme.

AUG. ¿Y para qué se va a tomar esa molestia?

D. FER. ¡Si no es molestia, don Augusto! ¿Usté sabe lo que goza mi mujer con decirme delante de gente: Anda, Fermín, levántate y vamos?

PAB. Pues yo dejo a ustedes.

AUG. ¿No quiere usté venir a oirme?

PAB. ¿Para qué? Ya sé lo que usté piensa, y en esta ocasión lo que usté va a decir me sentaría como un latigazo. Además, tengo que ir al Continental a escribir una carta.

AUG. ¿Para ella?

PAB. Naturalmente. Por lo menos tengo que acusar recibo de la suya, aunque no sea más que para decir que me tiene sin cuidado.

AUG. ¡Malo, malo, malo! Está usté perdido, amigo Montañés. Ya sabe usté lo que le he dicho: puente de plata. Y, sobre todo, no corre tanta prisa. Podemos acabar con lo de Cuenca mientras vuelve el coche. Don Fermín nos dispensará un momento.

D. FER. No faltaba más. Háganse ustedes cuenta de que estoy a 20 kilómetros.

AUG Entreténgase usté con cualquier cosa. Aquí tiene usté el último número del Bo-

letín. Váyase usté enterando de la cotización de monedas extranjeras.

D. FER. Sí que es un entretenimiento. Pero, en fin, apechuguemos con las cotizaciones.

AUG. Adelante, amigo Montañés. Quedábamos...

PAB. En que he ido a Cuenca, he hablado con los amigos de allá y he sacado una impresión lamentable. Sabe usté que se trataba de provocar un alza en las acciones de la Resinera; pues bien, ahora resulta que este año la resina...

ESCENA VI

DICHOS.—DOÑA REMEDIOS.

D.ª REM. ¡Ay!, perdonen ustedes que entre de este modo... Vengo acongojada, vengo muerta... ¡Ay, Jesús, qué susto!

D. FER. ¿Un susto? ¿Por qué?

AUG. ¿Les ha pasado a ustedes algo?

D.ª REM. Nada; no se apure usté. A Nieves no la ha pasado nada. A mí, sí; digo, no; a mí tampoco me ha pasado nada. Pero el susto gordo no hay quien me lo quite.

D. FER. Vamos, mujer, ¡por Dios!, dinos de qué se trata.

PAB. ¿Han atropellado ustedes a alguien?

D.ª REM. A nadie. Habrá sido por casualidad; pero no hemos atropellado a nadie.

AUG. ¿Ha subido Nieves con usté?

D.ª REM. No; se ha quedado esperando en la calle. ¡Ay! ¡Ojalá no hubiera subido yo tampoco!

D. FER. ¿Pero quieres acabar de una vez y no tenernos en vilo?

D.ª REM. Mira, Fermín, si te pones así no lo cuento.

AUG. Don Fermín, no se ponga usté de ninguna manera, a ver si acaba.

D.ª REM. Pues verán ustedes: como habíamos convenido éste y yo, mejor dicho, como había convenido yo sola en subir a avisarles a ustedes, en cuanto llegué me apeé del coche ..

D. FER. ¡Por Dios, Remedios! Eso ya nos lo figuramos. Suprime los detalles.

D.ª REM. ¿Y cómo voy a explicar entonces lo que ha ocurrido? Y al entrar en el portal, mire usté por dónde un joven que, por lo visto había estado hablando con la portera, echó delante de mí escaleras arriba. El subía muy despacio; luego he sabido por qué; yo también, porque ya no estoy tan ágil como antes y no soy la que era, y así un escalón, dos escalones, tres escalones...

AUG. ¡María Santísima! ¡Y hay treinta y ocho!

D. FER. ¿Quieres hacer el favor de no contarlos y llegar al último?

D.ª REM. Si es que al último no llegamos; es decir, no llegó el joven.

PAB. ¡Demonio!

AUG. Acabe usté.

D.ª REM. Porque de pronto se le doblaron las piernas, se volvió hacia mí muy pálido y con los ojos hundidos, y me dijo con voz entrecortada: «Señora, ¡por Dios!, sosténgame usté que me caigo».

D. FER. Y tú, ¿qué hiciste?

AUG. Eso; usté, ¿qué hizo?

D.ª REM. Pues, ¿qué había de hacer?, sostenerle todo lo que pude. Pero como él perdió el conocimiento y yo tengo muy pocas fuerzas, pues quiere decirse que no lo pude remediar y se cayó redondo. Menos mal que, gracias a mí, no fué el gol-

pe como tenía que haber sido, porque si no llego yo a ir detrás se mata de seguro. Aunque de todos modos hubiera sido igual, porque me parece que está muerto.

AUG. ¿Cómo muerto?

D.ª REM. Como se dice muerto. No mueve pie, ni mano; está blanco como la cera, y hasta me parece que se ha quedado frío.

D. FER. ¡No vas tú poco de prisa!

AUG. Habrá sido un síncope, un vértigo... ¿Dónde está?

D.ª REM. ¿Dónde ha de estar? En la escalera.

PAB. ¿Pero no le ha auxiliado nadie?

D.ª REM. ¿Cómo que no? ¡Pues si he dado unos gritos que no sé cómo no los han oído ustedes! Han salido del cuarto de al lado, han bajado los de arriba, ha subido la portera y me parece que han ido a llamar a los guardias. Yo me he metido aquí porque no podía resistir más aquéllo. Creí que me daba algo.

AUG. ¡Qué contrariedad! Pero puede que doña Remedios haya exagerado un poco. Vamos allá, señores.

D.ª REM. ¿Que he exagerado, eh! Ya lo verán ustedes.

ESCENA VII

DOÑA REMEDIOS.

¡Ay!, a mí me va a hacer daño la conferencia o, por lo menos, los dulces. ¡Lástima de dulces! Si no se me hubiera ocurrido... Y el caso es que hay que avisar a Nieves, que no se explicará la tardanza. No; pero yo no salgo a la escalera, porque si vuelvo a ver el cuadro me da el corazón que el pobre Fermín se

queda viudo. ¡Ah! por el mirador. (Llamando.) ¡Nieves! ¡Nieves!—Soy yo, aquí.—Espere usté todavía un momento, que vamos en seguida. —¡No! No pasa nada.—Es que tengo que subir a mi cuarto.— Se le ha olvidado a mi marido el pañuelo.—¡Sí!, es verdad, muy mala cabeza. (¡Ah!, ya están ahí.)—Vamos ahora mismo.

ESCENA VIII

DOÑA REMEDIOS.—FERMÍN.—PABLO.—AUGUSTO.—CARLITOS (desmayado).

AUG. Pasen, pasen ustedes. Colóquenle ustedes ahí y veremos lo que se ha de hacer. (Hablando hacia fuera.) No se molesten ustedes. Ello no será nada, probablemente. Estará aquí, en mi casa, hasta que se le pase. Sí; avisaré si les necesitamos. (Volviéndose a los otros.) ¿Respira?

D. FER. Claro que debe respirar, pero no se siente.

AUG. ¿Y el pulso?

PAB. Yo no se lo encuentro; pero eso no quiere decir nada, porque no se lo encuentro a nadie.

D. FER. Tiene un sudor frío y viscoso.

AUG. ¿Será una apoplejía?

PAB. Más bien parece un síncope.

D.ª REM. Lo que a mí se me figura es que está muerto.

AUG. ¡Por Dios, doña Remedios! ¡Qué disparate! Ya es una manía.

D.ª REM. O por lo menos que se le ha cortado la digestión.

D. FER. Eso es más fácil. Si se enteró de que tú le seguías...

D.ª REM. Mira, Fermín, eres un impertinente. Esta no es ocasión de bromas.

D. FER. ¡Si no lo digo en broma, mujer! Si el muchacho es impresionable y creyó que iba alguien persiguiéndole...

AUG. Pero el caso es que no reacciona.

PAB. Hagámosle oler algo.

AUG. Doña Remedios, avise usté a mi mujer que suba. Ella me parece que tiene éter, o por lo menos alguna esencia, algún perfume fuerte...

D.ª REM. No, no; que se va a asustar mucho la pobrecita. Yo iré a su tocador y traeré lo que pueda servir para el caso. Entretanto frótenle ustedes las manos y el pecho. Aunque ya me parece que es inútil... ¡Jesús! ¡Jesús!, que desgracia! (Vase.)

AUG. Por de pronto voy a avisar al Centro para que suspendan la conferencia.

D. FER. Hombre, eso sería una campanada; cuando ya estará allí todo el mundo... Además que no hay causa suficiente.

AUG. ¿Le parece a usté poco tener a este hombre en casa? ¿Le voy a dejar en esta situación?

D. FER. Le atenderemos nosotros.

AUG. ¡No faltaba más! ¿Y si ocurre algo?

PAB. Por eso decía yo que hubiera sido mejor entrarle en el cuarto de al lado, ya que el vecino se ofrecía.

AUG. Si, claro; ha sido una imprudencia, pero ya no tiene remedio, porque no se lo voy a traspasar con el pretexto de que yo tengo que pronunciar un discurso.

D. FER. Sin embargo, yo creo que no hay que precipitarse. Esperemos un cuarto de hora, y si en ese tiempo no se resuelve puede usté tomar la determinación que quiera. Lo que me parece que urge es llamar a la Casa de Socorro.

PAB. Lo debíamos haber hecho hace rato.

AUG. No; eso en último extremo, porque puede traernos complicaciones y molestias si de allí dan parte al Juzgado. Mandaré un recado a mi médico que vive ahí enfrente y si no le encuentran irán a la Casa de Socorro. Esperen un momento y sigan con las fricciones. (Vase.)

D. FER. Ahora sí que parece que respira.

PAB. Sí; y además se me figura que no está tan frío.

D FER. Indudablemenre se le va pasando. (Sale doña Remedios.)

D.ª REM. Aquí he encontrado este frasco de esencia; pero ya verán ustedes cómo no adelantamos nada.

D. FER. Al contrario; no puede venir más a tiempo. Acércalo para que huela.

D.ª REM. ¡Pobrecito! (Sale Augusto.)

AUG. Ya ha salido el criado. ¿Qué? ¿se le pasa?

PAB. Yo creo que le estoy encontrando el pulso.

D. FER. Pues yo opino que, de todas maneras, debíamos avisar a la familia.

AUG. No estaría mal, si supiéramos si la tiene o siquiera cómo se llama.

D.ª REM. ¡Vaya una dificultad! ¿No llevará encima la cédula de vecindad o una tarjeta de visita o el sobre de una carta?

D. FER. Sí; pero no tenemos derecho a registrarle. Eso no puede hacerlo más que la justicia.

D.ª REM. Y nosotros. No creo que sea ningún crimen.

PAB. ¿Usté qué opina, don Augusto?

AUG. Que tiene razón doña Remedios. Hace falta que sepamos quién es, y, en último resultado, yo salgo responsable.

D. FER. Pues vamos allá; tú no apartes el frasco.

D.ª REM. No; el frasco lo tienes tú. Yo registraré los bolsillos, que tengo más costumbre.

D. FER. ¡Ojalá no la tuvieras! (Empieza el registro.)

D.ª REM. Aquí tiene un pañuelo.
PAB. A ver si está marcado.
D.ª REM. C. M. Las iniciales nada más. No salimos de dudas. Aquí hay una cartera y una porción de papeles.
AUG. Mire usté la cartera. La cédula estará en la cartera.
D.ª REM. No hay más que un décimo de lotería, un billete de cinco duros y unas cuentas.
PAB. A ver las cuentas Debo: A Alcaraz, 15. Al mozo, 7,50. Al... bueno, que debe muchas cosas porque la lista es larga.
D.ª REM. Los papeles son: una factura, unos recortes de periódicos, una tarjeta postal... ¡Jesús!
D. FER. ¿Qué?
D.ª REM. Nada, nada; que la postal es un retrato.
AUG. ¿Suyo?
D.ª REM. No, de mujer Acaso de la novia. A esto sí que no tenemos derecho. Vaya, vaya; lo dejaremos todo en su sitio.
D. FER. Pero ese retrato, ¿no tiene dedicatoria?
D.ª REM. Sí.
D. FER Pues en la dedicatoria estará el nombre del interesado. Dame la postal.
D.ª REM. ¿Para qué la quieres? Tú sigue con el frasco.
AUG. Ea, démela usté a mí y acabemos. ¡No parece sino que el retrato es misterioso! Ya que no conocemos a este muchacho conoceremos a la novia.
D.ª REM. ¡Don Augusto! ¡Que no puede ser!
AUG. Pero, ¿por qué? Ya me ha puesto usté en curiosidad. Hágame el favor.
D.ª REM. Que no, que no; de ninguna manera.
AUG. ¡Doña Remedios!
D. FER. No seas terca, mujer. ¿A qué viene eso?
D.ª REM. Bueno, pues... conste que usté se empeña.

AUG. ¡Cómo! ¿Qué es esto? ¡Es Nieves! Sí; no cabe duda. ¿A ver? ...«A mi único amor». Pero esto no puede ser. ¡Esto es imposible! (Al mirador.) ¡Nieves! ¡Nieves!

PAB. ¡Canastos! ¡A su único amor! ¡Esto es peor que irse con la madre!

D. FER. ¡La hemos hecho buena!

D.ª REM. Y tú has tenido la culpa, por empeñarte en que se la diera.

D. FER. No, tú; tú que no has debido registrarle.

D.ª REM Pero, ¿quién se había de imaginar?

AUG. ¡Nieves! Sí, yo. Sube en seguida.

D. FER. Vamos, cálmese usté, don Augusto.

D.ª REM. ¡Y este hombre que no resucita!

PAB. Pero, ¿para qué la llama usté?

AUG. ¿Cómo que para qué la llamo? ¡Para que me explique qué significa esto!

PAB. Pues es inútil, porque lo que esto significa está bien claro.

AUG. Porque está bien claro es por lo que no puedo esperar un minuto. Déjenme ustedes pasar.

D. FER. De ninguna manera. Espérela usté aquí.

D.ª REM. Menos mal que este sigue en el otro mundo.

D. FER. Y en último resultado, ¿a usté qué le importa? No habíamos quedado en que...

AUG. Don Fermín, ¡hágame usté el favor de callarse!

PAB. Tranquilidad, calma. Acuérdese usté de lo que me dijo: somos hombres de nuestro tiempo. Resignación y puente de plata.

AUG. ¡He dicho que se callen ustedes!

NIEV. (Dentro.) ¿Dónde está?

AUG. ¡Ah! ¡Gracias a Dios! (Aparece Nieves.)

ESCENA IX

DICHOS.—NIEVES.

NIEV. ¿Pero qué voces son esas? ¿Qué pasa?
AUG. Ven acá. ¿Es tuyo este retrato?
NIEV. Claro que sí; y estoy muy parecida.
AUG. ¿Y eres tú quien ha escrito esto?
NIEV. Yo misma. ¿No conoces la letra?
AUG. ¿Han visto ustedes cinismo semejante? ¿Y quién es ese hombre?
NIEV. ¡Jesús! ¡Un muerto!
AUG. No; todavía no está muerto; pero yo te aseguro que lo estará muy pronto. ¿Quién es? Es lo que te pregunto.
NIEV. Pero hombre, déjame que le vea de cerca. No sé. No le conozco.
AUG. ¡Mentira! ¡Mientes! Y ahora mismo...
D. FER. ¡Don Augusto!
PAB. ¿Qué va usté a hacer? ¡No faltaba más!
AUG. ¡Déjenme ustedes! ¡La mato!
D.ª REM. ¿Pero qué es esto, Nieves?
NIEV. ¡Ay, doña Remedios de mi alma!
D. FER. Ahora sí que hay un pretexto justificado para suspender la conferencia... Porque, ¿cómo va a leer este hombre aquello del estúpido concepto del honor que transforma a los hombres en fieras y de que las pobrecitas mujeres...?

TELÓN.

ACTO SEGUNDO

Gabinete en casa de Amalia. Puertas laterales y al foro. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

AMALIA.—CARLOS.—Al fin, NEMESIA.

CARL. Puedes creer que en mi vida he pasado un susto más grande. Creí que me moría.

AMAL. Pero ¿por qué sería eso?

CARL. No lo sé de cierto; pero yo lo atribuyo a una cosa. A que como el encarguito era difícil de cumplir y yo no las tenía todas conmigo, entré en un *bar* y pedí una copa de Cazalla, porque en Segovia dicen que el Cazalla da muchos ánimos. ¡Sí, sí! ¡Buenos ánimos te dé Dios! Yo creo que aquél tenía veneno.

AMAL. Como que hiciste un disparate. ¿No ves que no tienes costumbre?

CARL. Eso sería. El caso es que a los diez minutos, justamente cuando empezaba a subir las escaleras, sentí que me flaqueaban las piernas y que iba a perder el conocimiento. Y si no es por una señora que venía detrás, me mato. ¡Puedo decir que es mi segunda madre!

AMAL. Pues mira, puesto que estás bueno, puede que sea mejor que hayan pasado así las cosas. Porque ¡mira que ha sido casualidad que te llevaran a su mismo cuarto!

CARL. Sí que puede que haya sido mejor; pero el ratito no se me olvidará nunca Porque figúrate mi situación cuando al abrir los ojos me encontré de aquella manera y en aquella postura, rodeado de dos señoras y tres caballeros. Una de las señoras era la que me paró el golpe en la escalera, y la otra la del retrato. A los caballeros no les había visto en mi vida.

AMAL. Uno de ellos era mi marido, de seguro.

CARL. No sé; no le conozco. De lo que estoy seguro es de que otro era el marido de ella, porque estaba furioso y me amenazaba con el puño; ¡calcúla tú si el despertar sería alegre!

AMAL. A ver: cuenta, cuenta.

CARL. Pues nada, que el señor furioso me preguntó que por qué tenía en mi poder aquel retrato, y yo le contesté... lo que tú me habías dicho que contestara, que me lo había encontrado en la calle y que iba a devolvérselo a la interesada, cuando me dió el vahído.

AMAL. No te creería, como es natural.

CARL. Ni él ni ninguno. ¡Ni que fueran tontos! Porque en seguida me dijo que cómo sabía yo el domicilio de la señora que no constaba en la tarjeta, y como no iba prevenido, pues... no supe qué responder porque me hice un taco.

AMAL. Es verdad que no habíamos caído en la cuenta. Pero mejor, porque eso es lo que se necesitaba precisamente: que no te creyera el marido.

CARL. No te entiendo, prima de mi alma.

AMAL. Ni falta que te hace. Calla y obedece.

CARL. Bien, bien; obedezco y callo. Pero ¡qué cosas hace un hombre por un...!

AMAL. ¡Silencio!

CARL. ¡Ah! pero ¿es que te vas a volver atrás?

AMAL. Ya hablaremos de eso después. Ahora sigue hasta ver en qué paró aquéllo.

CARL. Pues aquello no paró tan pronto, no creas. Porque primero hubo una especie de careo que tuvo poca gracia. ¿Tú, la dijo el señor a ella, insistes en que no conoces a este joven? No le he visto en mi vida. ¿Usté, pollo, también dice que no conoce a esta señora? No tengo ese gusto... ¡Claro! los dos decíamos la verdad, puesto que nos veíamos por primera vez entonces; pero el hombre se salió de sus casillas, y si no le sujetan los otros dos la emprende con nosotros a coscorrones y quién sabe si a tiros.

AMAL. Muy bien, muy bien. Eso va muy bien.

CARL. ¿De veras? Pues mira, en cuanto me pagues el favor, aunque sea con un abrazo, me vuelvo a Segovia

AMAL. ¡Carlitos, no seas insolente!

CARL. Pero si me los has prometido...

AMAL. Y lo cumpliré cuando se acabe la aventura. Pero amistoso nada más, ¿eh?, porque no se te olvide que soy una señora casada.

CARL. Puede que te figures que ya no me gustas porque te hayas casado.

AMAL. Bueno, déjame en paz y sigue; ¿cómo saliste de la ratonera?

CARL. Muy medianamente. El caballero dijo a la del retrato que se retirara a su cuarto a esperarle, porque tenía que hablar reservadamente, y a mí me preguntó que dónde vivía, lo apuntó en un papel y, devolviéndome la postal, me dijo: Caballerete,

llévese usté ese retrato que es suyo, por ahora, y vaya usté con Dios, que yo haré que me lo devuelva usté como es debido.

AMAL. ¿Y qué más?

CARL. Pues nada más. Que vi el cielo abierto, me despedí muy atentamente y tomé la puerta más que a paso.

AMAL. Y entretanto, ¿qué hicieron los otros?

CARL. ¿Qué querías que hicieran? Sujetarle, calmarle y mirarnos a la señora y a mí con mucha curiosidad, como si quisieran adivinar el misterio.

AMAL. Perfectamente.

CARL. De modo que ya sabes cómo ha acabado la aventura. Me parece que ha llegado la ocasión...

AMAL. ¡No digas desatinos, Carlos! ¿Con que ya está terminado el asunto, eh? Pues, hijo, empieza ahora.

CARL. ¿Qué empieza ahora? Pero, ¿es que tengo que hacer algo todavía?

AMAL. Ya lo creo. Esperar a ver lo que sucede. (Sale Nemesia.)

NEM. Señorita, con permiso. Aquí está la señora de García Moreno.

AMAL. Que pase. Dígala usté que pase. ¿Ves cómo esto se complica?

CARL. ¿Debo retirarme?

AMAL. No, espera; te presentaré.

ESCENA II

AMALIA.—CARLITOS.—NIEVES.

NIEV. ¡Ay, Amalia! Creí no encontrarte en casa.

AMAL. ¡No faltaba más! Has debido comprender que estaría esperándote.

NIEV. Es que yo no suponía que supieras lo que había pasado.

AMAL. Por fuerza tenía que saberlo, puesto que vive conmigo uno de los principales intérpretes del drama. Y, a propósito, aunque ya os conocéis, debo presentaros: Mi amiga Nieves. Mi primo Carlos, tu único amor, según la postal.

NIEV. ¡Sí que ha sido ocurrencia!

CARL. Yo lo que siento es que sea de mentirijillas.

NIEV. Pues, sí, señor; de mentirijillas y sin que yo me entere.

CARL. (Qué lástima, porque la señora de García Moreno, vista con tranquilidad, es de las que cortan la respiración a un cristiano.)

NIEV. Debiste avisarme, porque como no estaba en antecedentes, y este joven ha hecho con tanta naturalidad la comedia, por poco lo echo todo a perder. Gracias a que mi marido me enseñó el retrato con la dedicatoria y comprendí que aquéllo era cosa tuya.

CARL. La advierto a usté, señora, que no ha sido comedia. Ya ha oído usté a mi prima que ha sido drama. Y, además, yo lo hacía bien, porque tampoco sabía lo que estaba haciendo.

NIEV. ¡Ah! ¿no le habías enterado?

AMAL. ¿Para qué? Carlitos no necesita saber nada.

CARL. No, señora; yo no necesito saber nada, porque mi prima Amalia hace de mí lo que quiere.

AMAL. Llegó esta mañana de Segovia, ¿sabes?, y en cuanto le vi se me ocurrió la idea de enviarle en lugar del anónimo para embrollar un poco más el asunto.

CARL. ¡Ah!; pero, ¿habían ustedes pensado enviar un anónimo?

AMAL. Sí; aprovechando la circunstancia de que nuestros maridos no saben que somos

amigas, yo remitiría al de ésta un retrato dedicado a su único amor, acompañado de una carta, diciéndole: «Tu mujer te engaña y ahí tienes la prueba».

CARL. ¿Para qué?

AMAL. Eso es lo que no te importa. Pero en seguida pensé que era mejor mandarte a ti en lugar de la carta... y ya ves que ha dado buen resultado la sustitución.

CARL. ¡Magnífico!; como que antes por poco me me muero, y después por poco me matan. Es decir... todavía está la pelota en el tejado.

NIEV. No tenga usté miedo.

CARL. No; si yo por servir a las señoras guapas soy capaz de todo.

AMAL. Carlitos, no te pongas impertinente. Y haz el favor de dejarnos solas, que Nieves tiene de seguro algo que contarme.

NIEV. Efectivamente.

CARL. Pues con su permiso. Señora, usté perdone; pero cada vez siento más que lo de la postal sea de mentirijillas

AMAL. Y a ver si ahora, que conoces el secreto, lo descubres.

CARL. Descuida. Espero ganar el premio al fin de la aventura. (Vase.)

ESCENA III

AMALIA.—NIEVES.—Al fin, NEMESIA.

AMAL. Vamos a ver, ¿qué es lo que ocurre?

NIEV. Pues ocurre que no vengo de visita, sino a pedirte alojamiento. Tú, que tienes la culpa, justo es que pagues la pena.

AMAL. Y la pagaré con mucho gusto. Habla: ¿qué pasó?

NIEV. Pasó que, en cuanto se marcharon tu pri-

mo, tu dulce esposo y los vecinos de arriba, entró el hombre en mi cuarto haciendo desplantes y dando voces, ni más ni menos que los maridos y los padres ofendidos del teatro Español. Yo, acongojada y llorosa, pero digna, le oí el discurso como quien oye llover. porque el pobrecito me daba lástima. Mientras me decía aquello de: «Señora, ha manchado usté públicamente mi apellido y con sus mimos y carocas me ha engañado siempre», yo me acordaba de que a aquella misma hora debía estar en un estrado proclamando el amor libre, y me reía mucho por dentro.

AMAL. Es que tu marido opina como los demás, que todas las mujeres pueden hacer lo que las dé la gana, menos la suya.

NIEV. ¡Pensar que si tu primo no llega tan oportunamente me hubiera llevado al Centro para decir delante de mí todas aquellas atrocidades y ponernos a los dos en ridículo!

AMAL. Claro que se suspendería la conferencia.

NIEV. Y después del escándalo no creo que se atreva a darla, porque se le reirían los socios... ¡Me parece que le hemos cortado la carrera política!

AMAL. Y de paso te convencerás de si te quiere o no.

NIEV. De eso estoy convencida. ¡Si le hubieras visto! El dolor del desengaño se le adivinaba detrás de la furia. Yo, en estos últimos días, me había puesto casi empalagosa adrede y no le dejaba vivir a fuerza de caprichos de chiquilla y de carantoñas de recién casada, para que el chasco que le preparaba le llegara más a lo vivo; así es que el infeliz brinca como si le hubieran puesto una cantárida.

AMAL. Y te ha echado de casa, naturalmente.

NIEV. No; eso no. Me he marchado yo porque he querido y porque esta noche hubiéramos estado en una situación muy difícil. Le dejé que despotricara como los del Español; me negué terminantemente a dar explicaciones y le dije que, puesto que no era digna de él, me dejara en paz y se fuera de mi cuarto. ¡Te aseguro que hicimos la escenita! En cuanto me quedé sola y vi que se encerraba en su despacho tomé la puerta, y aquí estoy.

AMAL. Bien hecho. Hay que llevar el castigo adelante. O nuestros maridos ponen a sus mujeres en primer término y los negocios en segundo, o se quedan sin los negocios y sin las mujeres.

NIEV. Pero la prueba que has hecho tú no tiene importancia, mientras que la mía...

AMAL. Tampoco, puesto que se puede demostrar la broma cuando se quiera y la pena tiene que ser proporcional al delito. Mi Pablo no me ha hecho más que considerarme como un ama de llaves distinguida o como un objeto de lujo, mientras tu Augusto sostiene públicamente y en tu presencia, que te puede abandonar sin escrúpulo cuando se canse.

NIEV. Y que yo puedo abandonarle a él.

AMAL. Pero ya has visto cómo eso no le gusta.

NIEV. Pues no sabes todavía lo mejor. ¿A que no adivinas quién se ha apresurado a ofrecerme su protección en seguida?

AMAL. ¡Cómo! ¿Tan pronto?

NIEV. Tan pronto, y quien menos puedes imaginarte. ¡Don Fermín, nuestro amigo íntimo!

AMAL. ¿El de doña Remedios?

NIEV. Justamente. Como estuvo presente en el

lance se figuró que yo, que parecía una mosquita muerta, era una de tantas, y suponiendo que me despediría mi marido, dejó a su mujer en casa y me esperó en la calle.

AMAL. ¡Jesús, María y José! ¿Y qué te dijo?

NIEV. Que mi situación era muy delicada, que aquel chisgaravís de la postal no me merecía, que él siempre había sentido por mí una simpatía muy grande, que era el único hombre capaz de apreciar mi mérito... en fin, una conquista en toda regla.

AMAL. ¡Si en cuanto creen que una es fácil...! Pues ese viejo no predica el amor libre.

NIEV. Pero lo practica. Prefiero al mío, que hace todo lo contrario.

AMAL. Y tú, ¿qué hiciste en el apuro?

NIEV. Pues figúrate. No le solté una bofetada por un milagro.

AMAL. Mal hecho. Debemos aprovecharle también.

NIEV. ¿Cómo?

AMAL. Ya lo pensaremos despacio. Por de pronto, tú te quedas aquí conmigo. Como mi madre se ha mudado de casa y mi marido no lo sabe, tardará unos días en encontrarnos. Entretanto veremos lo que pasa. (Sale Nemesia.)

NEM. Señorita, con permiso. Aquí hay dos señores que preguntan por el señorito Carlos.

NIEV. ¿Dos señores?

AMAL. ¿Quiénes son?

NEM. Me han dado estas tarjetas.

AMAL. A ver. «Pablo Montañés». ¡Mi marido! ¿Qué significa esto?

NIEV. ¿A ver quién es el otro?

AMAL. «Fermín Romero». ¡Tu protector! ¡Y los dos juntos! No entiendo una palabra.

NIEV. Yo sí. ¿No ves que tu primo, cuando le preguntaron dónde vivía, dió las señas de esta casa? ¡Vienen a desafiarle de parte de mi señor marido!

AMAL. ¡Qué gracioso! ¡Un duelo también, como en los dramas!

NIEV. A la antigua española; pero es una complicación.

NEM. ¿Les digo que el señorito no recibe?

AMAL. Al contrario, diles que pasen y que esperen aquí un momento. (Vase Nemesia.) Vamos a prevenir a la pobre víctima.

NIEV. Me parece que hemos ido demasiado lejos.

AMAL. Mejor. Así el arreglo será definitivo. Entra y no te apures. (Vanse. Aparece Nemesia guiando a Pablo y don Fermín.)

NEM. Pasen, pasen ustedes. En seguida saldrá el señorito. (Vase.)

ESCENA IV

PABLO.—DON FERMÍN.

D. FER. A mí, si he de decir la verdad, amigo Montañés, me gustaría más que no saliera. Estas comisiones no son para mi genio, y como desconozco las fórmulas estoy viendo que lo echo todo a perder y dejo en mal lugar a nuestro apadrinado.

PAB. No se preocupe y déjelo de mi cuenta; yo vengo mal templado y estoy dispuesto a que se maten.

D. FER. ¡Qué barbaridad!

PAB. Sí, señor; tengo una rabia sorda y necesito desahogarme de alguna manera.

D. FER. ¡Caramba, don Pablo! ¡Y yo que le creía a usté tan pacífico!

PAB Y lo era, y lo soy; pero hay cosas que le

sacan a uno de sus casillas. ¿No sabe usté lo que me pasa?

D FER. Sí; lo de los pinos de Cuenca.

PAB. ¡Qué pinos ni qué narices! Que aprovechando la media hora en que nos ha dejado libres don Augusto, he ido a buscar a Amalia a casa de su madre.

D FER. Y no ha querido recibirle.

PAB No he tenido ocasión de saberlo. Resulta que la madre se mudó de casa hace ocho días y la portera no ha podido, o no ha querido decirme dónde. Sospecha que se ha ido a Segovia.

D. FER. Bueno, ¿y qué?

PAB. ¿Cómo que y qué? ¿No comprende usté que eso es un complot? ¿No adivina usté que el pretexto para la separación era una mentira? ¡Me está dando el corazón que mi mujer se ha marchado con otro!

D FER. Hombre, eso es ponerse en lo peor; ¡eso es imposible!

PAB. ¿Cómo imposible? ¿No se ha ido con otro doña Nieves?

D. FER. Entendámonos: hasta ahora no nos consta que se haya ido con nadie. Lo único cierto es que ha dedicado un retrato «a su único amor»; pero no sabemos si ese único amor es antiguo o moderno.

PAB. Aunque sea de la Edad Media; si ha sido de veras el único, no me negará usté que el marido está en berlina.

D. FER. Con las teorías de don Augusto, no, señor.

PAB. Con las teorías de don Augusto podrá ser; pero yo estoy que boto.

D FER. Pues cálmese usté y deje sus averiguaciones para luego. Aquí venimos a lo que venimos, y tenemos que ver cómo le pedimos las explicaciones a ese caballero.

PAB. Ya le he dicho a usté que lo deje a mi

cargo. ¡Ah! ¡Ella! (Viendo de pronto un retrato colocado sobre un mueble.)

D. FER. ¿Quién?

PAB. Amalia, mi mujer.

D. FER. ¿Dónde? Amigo Montañés, usted se ha vuelto loco.

PAB. Aquí, mírela usté; es su retrato, su propio y auténtico retrato. ¡Y que se lo ha hecho hace quince días!

D. FER. ¡Caracoles! ¿Y tiene alguna dedicatoria?

PAB. Ninguna.

D. FER. Menos mal.

PAB. ¿Ve usté cómo no se había ido con su madre? ¿Me quiere usté decir por qué está el retrato de mi mujer en casa de este pollo?

D. FER. Hombre... sí que quisiera decírselo a usté, pero no caigo.

PAB. Ahora ya no es don Augusto; ahora soy yo quien le rompe la cabeza.

D. FER. Por lo visto el niño es un acaparador de mujeres casadas.

PAB. Pues yo le aseguro a usté que se le va a quitar la costumbre.

D. FER. ¡Para que vea usté lo que son las cosas! Mientras ustedes se dedicaban a los negocios, el que le hacía redondo era este joven. ¡Por eso le daban vahídos en las escaleras!

PAB. Hombre, ¡eso era lo que me faltaba! ¡Que encima se me viniera usté con chuflas!

ESCENA V

DICHOS.—CARLOS.

CARL. Buenas noches, señores.

PAB. Venga usté acá y contésteme en seguida. ¿Qué hace aquí este retrato?

CARL. ¡Caballero! ¿A usté qué le importa y qué

manera de corresponder al saludo es esa?

PAB Luego verá usté si me importa. ¿Contesta usté o no?

CARL. Contesto que nadie tiene derecho a meterse en mi vida privada.

PAB. ¡Yo! ¡Yo tengo derecho! ¿Sabe usté quién es esta señora?

CARL. ¿No lo he de saber si está en mi casa?

PAB. Pues es la mía, ¡mi mujer! ¿Usté se entera?

CARL. Por muchos años.

PAB. Y necesito saber inmediatamente por qué está en su poder esta fotografía.

CARL. En primer lugar, ahora no está en mi poder sino en el de usté, que la tiene en la mano, y en segundo... se trata de un secreto de familia que no me pertenece.

PAB. ¿Con que un secreto de familia? ¿Oye usted esto, don Fermín? ¡Le estrangulo!

D. FER. Vamos, calma, amigo Montañés, y no involucremos.

PAB. ¿Qué es eso de involucrar? ¡Déjeme usté!

D. FER. Aquí hemos venido en representación de un caballero a pedir unas explicaciones. El asunto de usté es una complicación que ha surgido después y que no puede adelantarse a la cuestión principal. Tiempo le queda a usté para arreglar lo suyo. Eso es lo correcto.

CARL. Efectivamente, eso es lo correcto.

PAB. Bueno, pues acabemos en seguida, porque me cuesta mucho trabajo reprimirme.

D. FER. Sentémonos y hablemos seriamente.

CARL. Eso; hablemos seriamente. Ustedes dirán.

D. FER. Usté tiene la palabra, don Pablo.

PAB. No; renuncio a ella. Diga usté lo que tenemos que decir, pero pronto.

D. FER. El caso es que... como no tengo costum-

bre no sé cómo empezar. Mire usté, joven: don Augusto se cree ofendido por el hecho de que usté tenga un retrato, dedicado por su mujer, y pide una explicación satisfactoria, que comprendemos que es muy difícil, o una reparación por medio de las armas.

CARL. ¡Hola! ¿Un lance de honor?

D. FER. Justamente.

CARL. ¿Y ustedes vienen a visitarme como padrinos?

D. FER. Así parece.

CARL. Pues... yo tenía entendido que ese señor representado por ustedes opina que eso del honor es una majadería.

D. FER. Sí, eso dice.

CARL. Entonces... perdonen ustedes que les diga que unos caballeros que apadrinan un lance de honor representando a un hombre que no cree en el honor... están en ridículo.

D. FER. ¿Qué dice usted?

PAB. ¡Caballerito, no estamos para bromas! Eso del ridículo es cuenta nuestra. Con que vengan las explicaciones o nombre usted testigos.

CARL. Ya he dado la explicación que tenía que dar. El retrato de esa señora me lo encontré en la calle.

PAB. ¿Y el de ésta también?

D. FER. No involucremos. La explicación es inverosímil y no la aceptamos.

CARL. Pues hagan ustedes lo que quieran.

PAB. Designe usté sus representantes lo más pronto que pueda, porque en seguida tenemos que empezar nosotros.

CARL. Los he designado ya.

PAB. ¡Hombre, me alegro!

CARL. Pero tengo que hacer una advertencia im-

portante. No son padrinos, son madrinas.

PAB. ¡Caballerito!

CARL. Cada uno escoge lo que puede. A mi contrario le representan dos caballeros y a mí me representan dos señoras. Estoy en mi derecho.

PAB. Pero, ¿qué dice este hombre?

CARL. Esperen ustedes un instante, porque van ustedes a entenderse con ellas ahora mismo. Señores... hasta que nos volvamos a ver sobre el terreno. (Vase.)

PAB. ¡Y además se burla, don Fermín!

D. FER. ¡Y encima se pitorrea, don Pablo!

PAB. Si usté está dispuesto a aguantarlo, yo no.

D. FER. ¡Y qué remedio nos queda, si en el fondo tiene un poco de razón el hombre! ¡Estamos en ridículo! Y me parece lo mejor que tomemos la puerta y no sigamos adelante.

PAB. ¡Al contrario! Ahora es cuando yo no me marcho de ninguna manera. Tenemos que conocer a esas dos señoras.

D. FER. ¿Qué se figura usté?

PAB. Lo mismo que usté. Que una de ellas es la mía.

D. FER. ¿Sabe usté que estaría gracioso que la otra fuera.. ?

PAB. ¿Quién?

D. FER. La mía.

PAB. No me chocaría nada.

D. FER. ¡Don Pablo!

PAB. Usté perdone; pero si me queda otra que reviente.

ESCENA VI

DICHOS.—NIEVES.

NIEV. Caballeros...

D. FER. ¡Nieves!

PAB. ¡Ah! Pero, ¿es usté?

NIEV. Así parece, amigo don Pablo. ¿Qué creía usté! ¿Que me había asesinado mi marido?

D. FER. ¿De modo que era cierto?

NIEV. ¿Qué es lo que era cierto?

D. FER. Que usté y ese joven...

NIEV. No creo que sean esas las explicaciones que vienen ustedes a pedir. Ante todo tengan ustedes la bondad de sentarse. El asunto es grave y no puede tratarse a la ligera.

D. FER. Sentémonos, amigo Montañés. ¡Es deliciosa!

NIEV. Un millón de gracias, don Fermín; usté me comprende.

D. FER. ¡Y la admiro!

PAB. Bueno, déjense de cortesías y reverencias. Se nos ha dicho que nos entenderíamos con dos señoras y me falta una.

NIEV. La otra está recibiendo las instrucciones de nuestro apadrinado, como ustedes habrán recibido las del suyo. ¿No es esa la costumbre?

PAB. ¿Conque las instrucciones, eh? Mire usté, señora, usté es muy simpática y muy inteligente, y su marido de usté nos ha puesto en una situación muy desairada...

NIEV. Otro millón de gracias. Veo que también usté me admira.

PAB. Sí, señora, también. Pero si cree usté que vamos a seguir la comedia para que se divierta un rato, se equivoca usté de medio a medio. De modo que, con el respeto debido, o sale inmediatamente la otra señora o entro yo a buscarla.

NIEV. ¡Hola! ¿También usté se enfada? ¿Y... se puede saber con qué derecho?

D. FER. Nada, que es deliciosa.

PAB. Pues... con el derecho que usté conoce

demasiado. Porque eso de que mi mujer esté conferenciando a solas con un hombre mientras yo estoy aquí esperándola, me parece demasiado fuerte.

NIEV. ¿Y a usté quién le ha dicho que es su mujer?

PAB. Este retrato.

NIEV. ¡Ah, sí! Pero ese retrato no quiere decir nada, porque me pertenece. ¿Le ha prohibido usté a Amalia que regale retratos a las amigas?

D. FER. ¡Tiene salidas para todo!

PAB. De todos modos, comprenderá usté que yo necesito que ella se explique. (Sale Amalia)

ESCENA VII

DICHOS.—AMALIA.

AMAL. Señores, perdonen ustedes.

PAB. Amalia, ¡pronto!, ¿qué quiere decir esto? (Por el retrato).

AMAL. Eso quiere decir que me he retratado y he salido muy bien. Yo creí que ya lo sabías.

PAB. ¡Déjate de burlas! Y, ¿por qué me lo encuentro en casa de un pollito a quien no conozco?

NIEV. Porque ese pollito que se llama Carlos, para que ustedes se enteren, no tiene nada que ver con esa fotografía. Ya le he dicho a usté que soy yo la dueña.

PAB. ¡Señora!

D. FER. Pero vamos a ver si nos entendemos. ¿Esta no es la casa de Carlos?

NIEV. Y mía.

AMAL. Y mía.

PAB. ¿Cómo tuya?

AMAL. Como si lo fuera, porque es la casa de mi madre.

PAB. ¿Eh?

NIEV. Justamente; y a la casa de su madre puede venir ella.

AMAL. Y a la casa donde yo estoy puede venir mi amiga.

NIEV. Y a la casa donde estamos las dos puede venir Carlos.

PAB. ¡Señora!, todo eso estará muy bien para entretenerse en juegos de palabras, pero no sirve para evitar que a ese Carlos de usté ..

NIEV. No; mío no De ésta.

PAB. Razón de más. Para que a ese Carlos de ésta, o de usted, o de las dos o del demonio, tenga yo que romperle la cabeza.

NIEV. ¿También?

PAB. Si su marido de usté no se la rompe. Y en cuanto a Amalia, puesto que dice que está en casa de su madre, se quedará en ella para siempre.

AMAL. Eso era precisamente lo que yo quería, por las razones que te dije en mi carta.

PAB. Luego hablaremos de la carta; pero antes tengo que entenderme con ese pollo.

NIEV. He dicho que ese pollo se llama Carlos.

PAB. Bueno, con ese Carlos, porque no quiero ser el hazmerreir de la gente.

NIEV. ¿De modo que al pobrecito no hay quien le salve? ¿Usté qué opina, don Fermín?

D. FER. Yo digo que se me figura que aquí hay algún misterio y que lo del amigo Montañés no tiene importancia. En cuanto a lo de usté.... también tengo una idea.

NIEV. La idea de usté ya la conozco y trataremos de ella después. Ahora vamos por partes. Ustedes vienen en nombre de mi esposo, que es el ofendido, y nosotras representamos al ofensor. Como tenemos instrucciones los cuatro y nosotras no

queremos dar explicaciones, pasemos a fijar las condiciones del duelo.

PAB. Nieves, haga usté el favor de dejar el tema, porque basta de bromas. El que ahora pide las explicaciones soy yo; pero claras y terminantes.

AMAL. Y yo estoy dispuesta a darlas; pero no aquí, públicamente.

PAB. ¿Dónde, entonces? ¿En nuestra casa?

AMAL. En la nuestra, no; en la mía, que no es lo mismo, y delante de mi madre.

PAB. ¡Ah!, pero ¿es verdad?

AMAL. ¿Qué?

PAB. Que tú... que... pero, ¿y ese joven?

AMAL. Sígueme y calla.

PAB. D. Fermín, con permiso. Comprenderá usté que esto es lo que me interesa. Tenga usted la bondad de esperarme un momento. (Vase foro.)

ESCENA VIII

NIEVES.—D. FERMÍN.

NIEV. Y ahora vamos a tratar de la idea de usted; pero como el amigo Montañés puede tardar, ¿no le parece a usté que sería conveniente que le esperemos sentados?

D. FER Con su permiso. Y excuso decir que, por mi parte, me alegraría de que se prolongara un rato largo la visita.

NIEV. Muy largo no podrá ser, porque aunque usté me tiene por demasiado inteligente mi situación es muy difícil.

D. FER. Pues, ¿y la mía, señora? Después de lo ocurrido en la calle...

NIEV. A propósito de lo ocurrido en la calle, me tiene usté que perdonar, porque se me figura que estuve un poco inconveniente...

y hasta creo que le dejé a usté con la palabra en la boca.

D. FER. Así fué, efectivamente, pero como sin duda creyó usté que la había ofendido...

NIEV. Sí, claro; y eso es lo que me molestó precisamente. Porque yo me dije: Este don Fermín, que yo creí que era un excelente amigo y una buena persona, ahora resulta que es un canalla.

D. FER. ¡Señora!

NIEV. No se incomode usté todavía, y siéntese y déjeme acabar. Eso es lo que me dije entonces; pero, ¿usté sabe si después, recapacitando, he cambiado de opinión?

D. FER. Hará usté bien; porque, la verdad, el calificativo...

NIEV. Y hay dos maneras de cambiar de opinión: una, convenciéndome, después de pensarlo, de que era usté más canalla de lo que parecía en el primer momento...

D. FER. ¡Nieves, por Dios!

NIEV. Y otra, cayendo en la cuenta de que, por el contrario, era usté un hombre digno y generoso que me tendía desinteresadamente una mano protectora en mis tribulaciones.

D. FER. Y así es, y nunca he pensado otra cosa.

NIEV. Lo creo y estoy convencida.

D. FER. ¡No sabe usté cuánto celebro que, por fin, haya usté comprendido mis intenciones!

NIEV. ¡Vaya si las he comprendido! Vamos a ver si he adivinado enteramente sus pensamientos.

D. FER. Seguramente.

NIEV. Usté se dijo: Esta infeliz ha dado un mal paso ofuscada por las estúpidas teorías que oye sostener a su esposo. ¿Voy bien, don Fermín?

D. FER. Como si se lo hubiera contado un ángel.

NIEV. Si en estos momentos peligrosos y decisivos para ella no encuentra un alma grande que la proteja y guíe, está irremisiblemente perdida. ¿Sigo bien?

D. FER. Adelante, adelante.

NIEV. Y como esa alma grande puede ser la mía, debo ofrecerla mi amparo, convenciéndola para que se retire a una casita de las afueras a pasar una temporada lejos de sus conocidos y al abrigo de las murmuraciones.

D. FER. ¡Caramba, esos detalles... la verdad...!

NIEV. Bueno, podrán variar en algo; es decir, que la casita no estará en las afueras, sino en el centro. El caso es que haya una casita donde yo la visite con frecuencia y con todo género de precauciones para comunicarla el estado de ánimo de su esposo y trabajar entretanto para la reconciliación y el olvido del pasado.

D. FER. Sí, sí; algo de eso hay efectivamente.

NIEV. Es más, hasta puede que haya usté pensado comunicar ese plan a doña Remedios.

D. FER. ¡No, no! en eso se equivoca usté del todo. ¡No conoce usté a mi mujer! Es incapaz de comprender la nobleza de mis propósitos. (Esta señora me está tomando el pelo.)

NIEV. Bien; pues salvando esa pequeña variación, no me negará usté que he entendido perfectamente su idea.

D. FER. Sí, señora, sí; casi por completo.

NIEV. ¡Claro!, como que suponer que usté pensaba aprovecharse de mi situación era un disparate; sobre todo tratándose de usté, un caballero respetable, íntimo amigo de mi esposo y que, además, ni por su edad ni por su posición está en el caso de meterse en otra clase de aventuras.

D. FER. Naturalmente, señora. (Me lo toma. Está visto que me lo toma.) Y, a propósito, y usté perdone.

NIEV. ¿A propósito de qué?

D. FER. De las aventuras. Ya que usté se ha propuesto ser franca conmigo, ¿puede usté decirme qué significa la... bueno, el... vamos, lo de ese joven?

NIEV. ¿De Carlos?

D. FER. Justo, de Carlos.

NIEV. ¡Pobre Carlitos! Don Fermín, yo le suplico a usté que respete mi secreto.

D. FER. No; si no me extraña. Como don Augusto tiene esas ideas y nadie está libre de un momento de locura...

NIEV. ¡Ay! es verdad, nadie. Tanto es así que, agradecida a su solicitud, aceptaría sus proposiciones...

D. FER. ¿De veras?

NIEV. Si no hubiera decidido retirarme a Villarrubia de los Ojos con mi familia. Ya sabe usté que yo tengo la familia en Villarrubia de los Ojos.

D. FER. No sabía nada.

NIEV. Pues, sí, señor; allí la tengo. Pero antes de separarnos para siempre quiero darle a usté una prueba de confianza y de amistad, ya que por la diferencia de edades no puede ser de otra cosa.

D. FER. En la diferencia de edades no se fije.

NIEV. ¡No he de fijarme, don Fermín, si no tengo otro remedio!

D. FER. (¿Adónde irá a parar? ¡Y parecía tonta!)

NIEV. Voy a entregarle a usté la postal, causa de todos estos trastornos, para que usté la haga llegar a manos de mi marido y que él la rompa o haga lo que quiera. De ese modo le pruebo que me marcho arrepentida.

D. FER. Acepto el encargo; pero si él no quiere recibirla por mi mediación, como es de suponer, me permitirá usted que guarde la fotografía como recuerdo.

NIEV. No hay inconveniente; pero borrando la dedicatoria.

D. FER. Sí, sí; la borraré... aunque me gustaría mucho conservar también el autógrafo.

NIEV. ¿El de «a mi único amor»? Pero don Fermín, ¿qué adelantaría usté con eso? ¿No comprende usté que, aunque usté acabara de entrar en quintas, yo no puedo tener dos únicos amores?

D. FER. Es verdad. (Sabe más que Merlín.)

NIEV. Espere usted un momento. (Llamando.) ¡Carlos! ¡Carlitos!

D. FER. (No la entiendo; pero hasta ahora no voy perdiendo nada, y andando el tiempo, ¿quién sabe? Lo de la casita de las afueras no se me había ocurrido; pero no es ninguna tontería, y por algo lo ha dicho.)

ESCENA IX

DICHOS.—CARLOS.

CARL. ¿Me llamaba usté?

NIEV. Sí; ¿conserva usté la postal con mi retrato?

CARL. Creo que sí, señora. Por lo menos su marido me la devolvió, y si no se me ha perdido...

NIEV. Hágame usté el favor.

CARL. Aquí está.

NIEV. Don Fermín, ahí tiene usté. Entréguesela a su amigo Augusto y dígale que Carlos sale esta misma noche para Segovia, que yo me voy mañana temprano a Villarru-

bia y que usté no tiene nada que hacer como padrino.

D. FER. ¿Y si no lo acepta?

NIEV. Si no lo acepta... guárdelo usté como recuerdo; ¿no es eso lo convenido? Pero borrando la dedicatoria.

D. FER. La borraré, la borraré... La verdad es que está usté parecidísima. (Ni borro ni entrego nada. Es mi última aventura.)

ESCENA X

DICHOS.—AMALIA.—Luego, PABLO. Al fin, NEMESIA.

AMAL. Caballero, mi marido acaba de marcharse; de modo que puede usté seguir aquí todo el tiempo que quiera, puesto que está en su casa; pero no esperándole, porque sería inútil.

D. FER. ¡Cómo! ¡Pero si debíamos volver juntos!

AMAL. Perdónele usté; pero se conoce que tenía mucha prisa.

D. FER. Es extraño; pero, en fin, con permiso de ustedes.

AMAL. Repito que eso no quiere decir que usté se vaya.

D. FER. Muchas gracias; pero yo debo irme. Caballero... Nieves... (Ahora caigo en que es verdaderamente guapa. Lo de la casita de las afueras habrá que pensarlo.) Señora... ¡No!, no se moleste usté. (Vase.)

NIEV. ¿Se ha arreglado todo?

AMAL. Todavía no; pero no creo que tarde mucho. Le he puesto, para hacer las paces, unas condiciones que le han enfurecido y ha salido de estampía. Yo le he dado veinticuatro horas de plazo para que lo piense, y si no acepta estoy resuelta a que

él se quede en su casa y yo en la mía. Yo no sigo siendo un maniquí que se enseña en un carruaje en la Castellana para tener crédito en la Bolsa.

NIEV. ¿Y crees que aceptará?

AMAL. Creo que no espera las veinticuatro horas y que está aquí como un cordero antes de cinco minutos. La presencia del primo Carlos le sienta como un sinapismo.

CARL. Para eso es para lo que me utiliza a mí la primita, para sinapismo.

NIEV. Y la amiga de la primita. Pero, en cambio, puede usté contar siempre con nuestro agradecimiento.

CARL. Si es lo que me pasa siempre; que con el agradecimiento tengo que conformarme. Pero Amalia que, gracias a Dios, se ha salido con la suya, me había prometido algo más.

NIEV. ¡Hola!

AMAL. No le hagas caso.

CARL. Sí, señora, sí; me había ofrecido un abrazo amistoso, un abrazo de pariente. (Aparece Pablo.)

AMAL. Carlitos, ya te he dicho que no seas necio. ¡No faltaría más!

CARL. ¿Es decir que ni siquiera como pariente me permites que te abrace? (Pablo se adelanta.)

PAB. No, señor; ni siquiera como pariente.

CARL. ¡Ah! ¿es usted?

PAB. Por lo visto.

NIEV. (Aparte a Amalia.) Tenías razón; no ha tardado ni los cinco minutos.

AMAL. Cuando vuelves es señal de que...

PAB. De que lo he pensado bien y haré lo que tú quieras, pero con una condición.

AMAL. ¿Cuál?

PAB. Que este primo nuestro que me ha caído

de las nubes salga esta misma noche para Segovia.

CARL. Sí, señor, sí; lo mismo me había indicado esta señora y estoy deseando marcharme. (Sale Nemesia.)

NEM. Señorita, el señor García Moreno.

NIEV. ¡Mi marido!

AMAL. Todos vuelven. Y este tampoco ha esperado las veinticuatro horas. Dile que pase. (Vase Nemesia.)

CARL. Supongo que le recibirá usté sola. Ya estoy yo un poco cansado de maridos.

AMAL. Al contrario, le recibiremos nosotros por si viene de malas. Tú entra en mi cuarto y espera.

NIEV. Por Dios, Amalia, ten cuidado

AMAL. Tranquilízate, es cosa mía. (Vase Nieves.)

CARL. Bueno; yo también estoy de más.

AMAL. No, aguarda.

ESCENA XI

AMALIA.—CARLOS.—PABLO.—AUGUSTO.

AUG. Buenas noches, señores. Doña Amalia...

AMAL Buenas noches.

AUG. (A Carlos.) Joven, comprendo que mi visita no es correcta puesto que acaban de venir en mi nombre dos amigos; pero yo le explicaré...

AMAL. Usté no tiene que explicar nada, don Augusto; está usté en su casa.

CARL. Todos estamos en nuestra casa, aunque no lo parezca.

AUG. Gracias; sin embargo, yo debo decir por qué intervengo directamente en el asunto despues de haber nombrado representantes. En el estado de ánimo que es de suponer después de lo ocurrido esta tarde, y

con el deseo de salir pronto de la ridícula situación en que mi mujer me ha colocado, vine detrás de mis amigos y les esperé en la calle. Salió primero don Pablo y luego don Fermín; por los dos he sabido el resultado de las gestiones y me he decidido a resolver la cuestión en seguida y personalmente.

AMAL. ¡Don Augusto!

CARL. Pues mire usté, yo también voy estando un poco harto y por mí que no quede, ¡qué demonio!

AMAL Tú te callas, primo.

PAB. Eso; usté se calla, primo.

CARL. ¡Y tan primo!

AUG Todo se andará, joven; pero vamos por partes. Sé que está aquí Nieves.

AMAL. Yo le explicaré a usté...

AUG. No tiene usté que molestarse, Amalia. Y antes de pasar adelante necesito verla. De modo que agradeceré a usté mucho que la diga que salga.

AMAL. Si viene usté en son de paz...

AUG. Naturalmente; en son de paz tiene que ser, puesto que vengo a buscarla en casa ajena. Y no tengo inconveniente en que se verifique la entrevista en presencia de ustedes.

AMAL. En ese caso, voy a llamarla. (Vase.)

CARL. Como por lo visto se trata de una reconciliación, yo estoy aquí de más, puesto que mi papel de sinapismo ha terminado.

AUG. Al contrario, ahora es cuando hace usté más falta para aclararlo todo. (A Pablo.) De manera, amigo Montanés, que usté se ha convencido.

PAB. ¡Como que me parece que tenía razón la pobre!

ESCENA XII

DICHOS.—NIEVES (sale con Amalia).

NIEV. Aquí estoy. ¿Qué querías?

AUG. Ya puedes figurártelo. Terminar de una vez y hoy mismo con esta situación anómala en que nos encontramos. De continuar así, mañana seríamos el hazmerreir de todo el mundo, y a mí, por lo menos, no me conviene.

NIEV. Ni a mí tampoco.

AUG. Por eso hay que acabar, y celebro que estos amigos estén presentes puesto que la solución ha de ser definitiva, y nunca estorban los testigos.

AMAL. Se trata de un consejo de familia, como si dijéramos. Pues sentémonos entonces.

NIEV. Vamos a ver si nos entendemos

AMAL. Puesto que ha hablado usté con mi marido, supongo que está usté enterado de todo.

AUG. Sí, señora, sí; y lo estaría aunque no hubiera hablado con nadie, puesto que los hechos están claros y patentes.

NIEV. Bien; pues... ya comprenderás que yo necesito poner algunas condiciones.

AMAL. Que vendrán a ser como las mías, porque el caso es muy parecido.

AUG. De condiciones no hay que hablar. Vamos antes a determinar bien los puntos.

PAB. (No puede remediarlo. Está siempre en conferenciante.)

AUG. Aquí lo evidente es que mi mujer era extremadamente cariñosa y excesivamente mimosa, mientras yo me preocupaba no sólo por ella sino por los negocios. Por ese mimo y ese cariño el chasco fué más grande cuando la casualidad llevó a casa a este joven, y encima de este joven el

retrato con la dedicatoria. ¿No es eso?

NIEV. Así es.

AUG. Yo me dejé arrastrar por el primer impulso y quise vengar inmediatamente la ofensa dando el paso que ustedes saben. Entretanto, y por si me quedaba alguna duda, mi mujer abandonaba el domicilio conyugal sin despedirse y venía corriendo a casa de este joven.

AMAL. ¡Sí que ha sido una coincidencia graciosa!

AUG. Graciosísima. Pero como me pareció que eso era demasiado, tuve un arrebato disculpable, que se ha pasado afortunadamente. Porque en seguida se ha impuesto la razón para convencerme de que he hecho una tontería.

NIEV. Naturalmente.

AUG. Porque un hombre de convicciones arraigadas que las expone y defiende públicamente en todas las ocasiones y de todas maneras, no debe cambiar de opinión por un incidente doméstico sin importancia.

CARL. ¡Atiza!

AMAL. ¿Eh? ¿Como?

PAB. ¡Con lo que sale ahora!

NIEV. Pero ¿qué estás diciendo?

AUG. Lo que seguramente esperabas tú que dijera. Si después de pasarme la vida predicando la libertad del amor y la independencia de la mujer y la ridiculez de los antiguos vengadores de su honra, saliéramos ahora con que yo era tan majadero como los demás cuando me tocaba de cerca, tendría que emigrar para que no me apedrearan los chiquillos. ¿No estoy en lo firme?

AMAL. ¡Don Augusto! ¡Usté se ha vuelto loco!

NIEV. Supongo que estás hablando en broma.

AUG. Pero, ¿no era eso lo que tú querías? Está

demostrado que este joven es tu único amor... por ahora. Pues puedes irte con tu único amor donde te dé la gana. Yo, por mi parte, te aseguro que no pienso tardar ni cinco días en sustituirte. ¡Libertad para todos!

CARL. (¿A qué tengo yo que cargar a la fuerza con la señora?)

AMAL. Pero dí algo, Nieves.

NIEV. ¡Si no sé qué decir! ¡Como no me figuraba esta salida.

AUG. Mañana doy mi conferencia y voy a hacer un efecto enorme. ¡Como que predico con el ejemplo y tengo una autoridad que no tenía...! Buenas noches, señores.

AMAL. Pero, oiga usted.

NIEV. Escucha, Augusto.

PAB. No entiendo a qué viene eso.

AUG. Digo que buenas noches. (Vase.)

CARL. Yo lo siento mucho; pero, por lo que se ve, el sinapismo ha sido contraproducente.

NIEV. Pero si no puede ser... ¡no puedo creerlo!

ESCENA XIII

DICHOS.—REMEDIOS.—FERMÍN.

D.ª REM. (Dentro.) Le digo a usté que no le dejo marchar; necesito que me conceda usté cinco minutos.

AUG. Cuando usté quiera, doña Remedios; pero no en esta casa.

D.ª REM. Es que aquí, precisamente y delante de estos señores, es donde quiero yo que hablemos. (Salen.—A Fermín:) Pasa, hijo, pasa.

D. FER. No la hagan ustedes caso. No dice más que desatinos.

D.ª REM. Ahora lo veremos. ¡Hola!, está aquí también el joven accidentado. ¿Está usté ya bueno del todo?

CARL. Sí, señora.

D.ª REM. Me alegro.

CARL. Muchas gracias.

AUG. Pero ¿se puede saber de lo que se trata?

D.ª REM. Ahora voy, don Augusto; su mujer de usté le engaña como a un chino.

AUG. Doña Remedios... ¡vea usté lo que dice!

D.ª REM. Sí, señor. sí; le engaña. Pero no con quien usté se figura, o por lo menos con alguien más que usté no se figura.

PAB. ¡Caramba! Otra complicación.

AMAL. ¿Qué significa esto?

NIEV. Ahora lo verás.

AUG. A ver, a ver; explíquese usté lo más pronto y lo más claro posible.

D.ª REM. Digo que ese joven a quien usté quería castigar, no es el culpable. El culpable es otro camastrón hipócrita a quien usté debe atravesar de parte a parte, y yo le ayudaré como pueda.

AUG. Pero ¿quién es, señora?

D.ª REM. Mi marido.

AUG. ¡Bah! ¿Don Fermín? ¡Usté sueña!

D. FER. Como siempre. Está soñando siempre.

D.ª REM. ¿Que sueño, eh? Ahí va la prueba. Eso es lo que estaba escondiendo en un cajón de su mesa de despacho cuando le he sorprendido. ¿Qué dice usté ahora?

AUG. ¡La postal de antes!

D.ª REM. ¿Y quién le dice a usté que no es otra? Cuando una mujer se pone a tener únicos amores no acaba nunca.

AUG. ¿Tú, qué dices?

NIEV. Don Fermín lo dirá.

D. FER. Pues, efectivamente, ese retrato me lo dió doña Nieves hace un momento.

D.ª REM. ¿Hace un momento? ¡Menos mal que las relaciones no son antiguas!

NIEV. Sí; hace un momento. Se lo dí para que te lo entregara y lo hicieras pedazos, en prueba de que estaba arrepentida de la broma.

AMAL. De una broma que no ha sido idea suya, sino mía. Quisimos hacer entrar en razón a nuestros maridos aplicándoles una cantárida, y yo aproveché para mí el cambio de domicilio de mi madre, y para Nieves la llegada de mi primo.

CARL. Que si lo sabe no viene.

NIEV. ¿No te lo ha dicho don Pablo?

AUG. Sí; me lo ha dicho. Y también mi despedida de antes ha sido una broma. Todos hemos salido aprendiendo algo. Nosotros, que eso del honor es una cosa seria cuando le llega a uno a lo vivo, y ustedes, que es peligroso apelar a ciertos recursos.

D.ª REM. Y con este pájaro de cuenta, ¿qué hacemos? Porque el retrato se lo guardaba él... y usté pensará lo que quiera; pero yo, como no puedo irme con mi madre, porque no la tengo, me marcho con este caballero a Segovia.

CARL. ¡Señora, por Dios! Sinapismo, pero no tanto.

AUG. Con don Fermín arreglaré yo luego esa cuenta.

D. FER. Yo le juro a usted...

NIEV. No jure usté nada, porque aunque parecía que a mi marido no le importaba el amor libre, ya está visto que le importa mucho. (A Augusto.) Y guarda ese retrato, porque para ti está escrita la dedicatoria. Mi único amor antes, ahora y siempre.

TELÓN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.

El grillo, periódico semanal, idem id. íd.

La gente menuda, ídem íd. íd.

El baile de máscaras, ídem id. íd.

Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

La señá condesa, juguete cómico en un acto y en verso.

La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.

La moral casera, comedia en dos actos y en verso.

La lavandera, sainete en un acto y en verso.

Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La obra, juguete cómico en un acto y en verso.

El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.

Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.

La revista nueva o la tienda de comestibles, sátira en un acto en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.

Sociedad secreta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Carlos Arniches, D. Celso Lucio y D. Fernando Manzano, música del maestro Brull.

La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.

Los pájaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.

La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.

El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.

El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.

El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.

El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.

La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.

El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto, en prosa y verso, música del maestro Marqués.

La reina de la fiesta, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Torregrosa.

Los inocentes, revista en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.

La madre abadesa, boceto lírico en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Brull y Torregrosa.

La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.

Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.

El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.

La espuma, comedia en un acto y en prosa.

El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.

Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquin Abati, música del maestro Montero.

Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.

El siglo xix, revista lírica en un acto, en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva y D. Carlos Arniches, música del maestro Montesinos.

Jaque a la reina, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montero.

Don César de Bazán, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Montero.

Tierra por medio, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Chapí.

Quo vadis....?, zarzuela de magia disparatada en un acto, en verso y prosa, música del maestro Chapí.

Las caramellas, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Morera.

¡Plus ultra! (segunda parte de la zarzuela de magia disparatada *Quo vadis...?*) en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La leyenda dorada, revista fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.

Su Alteza Imperial, zarzuela en tres actos, en verso y prosa, música de los maestros Vives y Morera.

El rey mago, cuento para niños, en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.

La obra de la temporada, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Valverde, hijo.

El placer de los dioses, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Pérez Soriano.

El paraiso de los niños, zarzuela fantástica infantil, en un acto, prosa y verso, en colaboración con D. Carlos Arniches, música del maestro Valverde, hijo.

La tribu malaya, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Vives.

La infanta de los bucles de oro, cuento infantil, en cuatro cuadros y en verso, música del maestro Serrano.

Los bárbaros del Norte, zarzuela fantástica en ocho cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Chapí y Valverde.

Mari-Gloria, boceto de comedia lírica, en un acto y en prosa, música de los maestros Valverde.

El carro de la muerte, zarzuela fantástica extravagante en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, música del maestro Barrera.

La balsa de aceite, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

El talisman prodigioso, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en cinco cuadros, en verso, música del maestro Vives.

La ilustre fregona, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa, música del maestro Calleja.

Las calderas de Pedro Botero, zarzuela fantástica, en un acto, dividido en siete cuadros, música del maestro Chapí.

La moral en peligro, zarzuela en un acto, dividido en dos cuadros, en prosa, música del maestro Lleó.

El diablo con faldas, comedia con música en un acto y en prosa, música del maestro Ruperto Chapí.

Cabecita de pájaro, cuento infantil en un acto, dividido en siete cuadros, en prosa.

El bebé de París, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Lleó.

Faldas por medio, sainete trágico en un acto y en prosa.

La perla del harem, cuento de damas, con adornos musicales del maestro Calleja.

Mano de santo, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, en prosa, música de Rafael Calleja.

Sansón y Dalila, comedia en dos actos y en prosa.

Gloria in excelsis, revista fantástica en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Amadeo Vives.

El palacio de los duendes, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, música de Vives y Serrano.

Las dos reinas, zarzuela en un acto, dividido en siete cuadros, música de Rafael Calleja y Tomás Barrera.

Barbarroja, zarzuela en un acto, música del maestro Serrano.

Nuestro compañero en la prensa, comedia en dos actos y en prosa

La revolución desde abajo, comedia en dos actos y en prosa.

La tabla de salvación, zarzuela en un acto, dividido en cinco cuadros, música del maestro Lleó.

El libro del destino, zarzuela en un acto, música del maestro Lleó.

La autoridad competente, comedia en tres actos y en prosa.

La ley del embudo, zarzuela fantástica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Amadeo Vives.

El retablo de Maese Pedro, comedia en dos actos y un prólogo, en prosa.

Salud y pesetas, sainete en dos actos, en prosa.

El botón de nacar, comedia de magia en dos actos y un prólogo, con música de Pablo Luna.

Himno al amor, capricho fantástico musical en dos actos, música de Julio Gómez y M. Alonso Valdrés.

Justicias y ladrones, zarzuela en dos actos, en prosa, música de Juan Vert y Reveriano Soutullo.

Las garras del demonio. comedia de magia en un prólogo y tres actos, en prosa y verso.

El anillo de los faraones, cuento infantil en un acto, dividido en nueve cuadros, en prosa, música de Emilio Acevedo.

Mi único amor, comedia en dos actos, en prosa.

3 0112 115870799

Precio: 2 pesetas.